infancia, la señorita Florimont que tan rica es como esa americana.

Al dar esta explicacion, Brettecourt evitó demostrar enfado, porque era preciso que nadie sospechase lo que aquella intriga ocultaba.

Y desde aquel dia, la explicacion del general recorrió tambien círculos y salones y se esparció por todo Paris.

Una semana más tarde, los parisienses mejor informados no conocian la verdad.

La version de Brettecourt y la de Baradoux se igualaban.

BIBLIOTECA PUBLICA DE NUEVO LEON

XXX.

CONTRATOS DE BODA.

Quince dias despues, nadie se ocupaba ya de eso. ¡Un casamiento roto!..... Es cosa tan frecuente ésta, que no valía la pena de que nadie pensara más en ella.

Además, el verano tocaba á su fin, la veda

habia concluido; muchos señores salian de Paris para cazar en sus cotos, y los elegantes que se quedaban, empezaban á abrir sus salones.

Los proyectos de casamiento del conde de Villepreux con miss Edith Dickson, eran ya historia antigua y habian sido relegados al olvido.

Todo habia terminado, pues, con satisfaccion de ambas partes y sin escándalo.

Las personas que habian sido protagonistas en aquel drama íntimo, vivian en absoluto retiro, así es que nadie habia tenido ocasion de verlas, de interrogarlas ó de pronunciar delante de ellas ninguna de esas frases intencionadas que tanto molestan.

En la morada de los americanos, aquel retraimiento era calculado, y el motivo que daban para explicarlo era la necesidad de descansar antes de la estacion invernal, en la que las fiestas se suceden sin interrupcion.

La familia de Villepreux y sus amigos, tanta necesidad tenian de tranquilidad y de intimidad despues de sus pasados sinsabores, que habian adoptado aquel género de vida espontáneamente y sin que nadie la aconsejara.

Convinieron solamente en que, por miramiento á la anciana marquesa, se reunirian con frecuencia en el palacio de la calle de San Dominique.

Y esa frecuencia era diaria.

Aquella antigua morada tenia bastante capacidad para que en ella cupiesen las tres familias.

Por la mañana, Luisilla y Juan Renaud se presentaban temprano, y Enriqueta y Federico les estaban esperando en los inmensos salones del piso bajo, que era su cuartel general.

Luisa anunciaba con énfasis:

—El señor vizconde de Brettecourt.

Y Juan decia á su vez, riendo:

—La señora condesa de Villepreux.

Despues, nuestros enamorados jóvenes pasaban la mañana diciéndose esas cosas que son lo mismo siempre, y que sin embargo, tanto encanto tienen.

Luisilla habia mandado llevar ya al palacio de Villepreux sus muebles más bonitos, estilo Luis XV.

Los habian colocado en el mayor de los salones, en el que apenas se notaban, y allí era donde las enamoradas parejas se reunian cuando querian formar proyectos para lo porvenir.

Y pasaban el tiempo repitiéndose cientos de veces que se amaban.

En cuanto á las formalidades que habia que llenar para sus enlaces, no se acordaban para nada de eso. Otros se habian encargado de hacerlo.

Los diferentes papeles que hubo que sacar,

la publicacion de las amonestaciones y la autorizacion del Ministro de la Guerra, estaban á cargo del conde de Brettecourt.

La redaccion de los contratos incumbía, como era natural, al señor Florimont.

Por la tarde, ó por lo ménos antes de la hora de comer, María Renaud llegaba con su abuela, y el general y el notario no se hacian esperar.

¡Qué veladas tan encantadoras pasaban en dulce intimidad!

—Bastante hemos sufrido, decia Luisilla, gocemos ahora.

Pero habia una sombra en aquel cuadro de familia.

El marqués se iba acabando.

En pocos dias habia envejecido de un modo notabilísimo.

De su condicion moral, de su entidad, de su carácter autoritorio é impertinente, nada quedaba. Era un pobre ser enfermizo, aniquilado.

Su cuerpo, antes tan derecho, se iba encorvando, no tenía la menor energía y su rostro estaba lleno de arrugas.

Algunas veces su inteligencia desaparecía, escuchaba lo que se decía sin comprenderlo, ó bien olvidaba lo que habia dicho él pocas horas antes.

Si su familia aludía á lo pasado, se le figu-

raba que iban á dirigirle algun reproche é inclinaba la cabeza.

Las continuas muestras de cariño que su madre y su mujer prodigaban á María y á mamá Renaud le producían atroces sufrimientos.

Conocía en aquellos instantes que no podian quererle ya, y que el único sentimiento que podía esperar de su familia, era un poco de compasion.

Sin embargo, aquellas torturas eran imaginarias.

Ninguno de los suyos abrigaba semejantes ideas.

Nadie le molestó nunca haciéndole calcular hasta qué punto habia sido culpable.

No pensaba, al contrario, más que en prodigarle atenciones, porque le veían enfermo y desgraciado. Sus hijos especialmente, le manifestaban grandísimo afecto y se ocupaban de él con asiduo cuidado.

—Obran por deber, se decía, no por cariño.

En lo último de su vida, aquel egoista que á nadie habia querido ni apreciado nunca, sufria, sobre todo, por creer que no le amaban.

Ni las caricias de sus hijos, ni el afecto que le demostraban ahora su madre y su mujer, ni la buena y franca amistad con que le trataba Brettecourt, ni la cordial amabilidad de María y de su hijo, podian arrancar de su pensamiento la idea de que era un estorbo y de que

estarian aguardando con impaciencia la hora de su muerte.

Llevaba en sí mismo el castigo; un espantoso remordimiento que no le dejaba un instante de tregua.

Una sola persona existía que no le habia perdonado completamente.

El notario Florimont.

El buen hombre pensaba que eran demasiado buenos para aquel antiguo vividor, y si en él hubiera consistido, le hubiera hecho sentir muchas veces que no se olvidaba tan fácilmente el mal que habia hecho.

Más el notario, que tenia aquellos rasgos de dureza y de severidad cuando se hallaba solo en su gabinete, volvia á ser el ente más pusilánime al encontrarse en presencia de su hija, y ésta no admitía que se faltase á los miramientos debidos á su futuro suegro.

Ella era la única que con su alegría, llegaba algunas veces á disipar la tristeza del marqués, si bien ningun mérito tenía, porque su prometido la recompensaba con creces.

En fin, Brettecourt anunció que todas las formalidades estaban cumplidas, y que no quedaba ya más que proceder á la consagracion de la dicha de los cuatro enamorados.

—Y á la firma de los contratos, dijo Florimont, restregándose la manos.

El notario se sentia muy orgulloso con

aquella obra suya y en particular con el contrato de su hija, en el que habia sentado el régimen dotal en toda su rigidez. Era su pequeña revancha contra Federico.

Pero habia contado sin la huéspeda, como suele decirse.

Una noche, estando las tres familias reunidas, leyó muy pausadamente el contrato de Luisa, y ésta le contuvo con un gesto:

—Dispensadme, padre mio.

—¿Por qué me interrumpes?

—¿Qué contrato es este?

—¡Pardiez! ¡el tuyo!

—Estáis sin duda equivocado.

—¿Por qué?

—Porque no me caso yo bajo el régimen dotal.....

—Pero, hija mia.....

—Padre, entiendo muy poco todo ese fárrago de palabras; pero sé, por habéroslo oido decir bastantes veces, que con el régimen dotal no se puede tocar á un céntimo del dote de la mujer, y como quiero yo que mi marido sea dueño de mi fortuna, es preciso, querido papá, que hagáis otro contrato.

El pobre Florimont se quedó confuso; pero lo estuvo mucho más cuando Juan Renaud declaró tambien que el suyo no le agradaba tampoco.

En aquellos contratos Enriqueta y Federico estaban sacrificados.

En vano los dos hermanos, apoyados por la anciana marquesa, procuraron resistir á la voluntad de Juan y de Luisilla, desentendiéndose de toda cuestion de dinero; pero Juan, hablando tanto en su nombre como en el de Luisa, declaró lo siguiente:

—Contratos redactados de este modo son causa de muchos disgustos en las familias, y por lo tanto, ni mi amiguita ni yo queremos firmar cláusulas que hieren á los que amamos.

Florimont hacia muchos gestos, se veía contrariado.

—De modo que, repuso Juan, nos casaremos como personas que se quieren, bajo el régimen de la comunidad de bienes, y hé aquí en qué sentido habéis de arreglar las cuestiones de interés que habéis desarrollado en todos esos pliegos de papel, señor Florimont.

—Pero, hijo mio, exclamó la marquesa, yo he sido quien ha indicado al notario que quiero en vuestro contrato de boda con Enriqueta, reconoceros como propietario de este palacio, pues el único medio que tenemos de devolveros.....

—¡Chitón, abuela, chitón! esto es cosa de Federico y mia. ¡Obedecedme! ¡Si supiérais qué génio tan malo tengo!..... ¡Hé aquí mi

voluntad! Este palacio os pertenecerá miéntras viváis. Cuando paséis á mejar vida, entónces será de Federico y mio, y decidirémos como buenos hermanos el destino que se le ha de dar.....

—¿Queréis, pues, que me muera? dijo sonriendo la marquesa.

—¡Ah! ¡abuela! ¡Ojalá paséis de los cien años!

—¡Así lo espero yo tambien! exclamó mamá Renaud.

—En cuanto á la deuda á que aludis, no quiero que se hable de eso en mucho tiempo... allá para cuando la señorita Luisa esté en posesion de la fortuna de su padre..... Ya véis, señor Florimont, como os matamos tambien, y que sin ser notario, sabemos prever el porvenir; vuestra hija y yo lo hemos previsto todo. Por lo que respecta á nuestras respectivas instalaciones, hé aquí lo que hemos convenido: Luisilla vivirá en este edificio, es su derecho como condesa de Villepreux, amueblará todos los salones y tambien un cuartito, por si acaso lo necesitan algun dia sus cuñados. Mi mujer y yo habitarémos mi pequeño hotel de la calle de Villiers.

—¡Pequeño! dijo sonriendo Enriqueta.

—Vos sois rico, señor Florimont, continuó Juan, pero mi madre está ganando para mí una cuantiosa fortuna, y por consiguiente,

nuestras situaciones son poco más ó ménos iguales. ¿Tiene álguien que presentar algunas objeciones en contra de estos nuevos proyectos?

—Pero, señor vizconde..... empezó el notario.

—¡Papá! dijo Luisilla con tono más decidido.

Federico y Enriqueta cogieron ambos una mano de Juan, dándole las gracias por su generosidad, siempre tan delicada.

—No podemos aceptar, dijeron á un tiempo.

—¡Entónces ya no me caso! declaró Juan con viveza.

María Renaud intervino.

—Obedeced á Juan, hijos mios. Algun derecho le asiste para mandar aquí.

—¡Es verdad! dijeron á un tiempo la marquesa y Julieta. Debemos obedecerle.

Se inclinaban ante su voluntad, como lo hubiesen hecho con Juan de Villepreux.

Brettecourt se fué al lado del jóven, y poniéndole una mano en el hombro, le dijo:

—¡Bien, Juan, muy bien! Nadie ha honrado más que tú el nombre de Brettecourt.

El buen netario, pues, tuvo que romper aquellos contratos de que tan orgulloso se mostraba, teniendo que hacer otros, dictados por el jóven Renaud.

Una vez arreglado todo, Luisilla fué de repente acometida de una febril actividad.

Mandó llamar á su tapicero y le dijo:

—Quiero que dentro de ocho dias los salones del palacio de mi suegra, la marquesa de Villepreux, tengan su antiguo brillo.

Y le entregó una lista extraordinaria de cortinajes, asientos, muebles, alfombras, estátuas y cuadros.

No esperaba, no, volver á aquellos hermosísimos salones su antiguo esplendor; pero por ménos queria adornarlos de un modo digno de la familia de Villepreux, que iba á ser la suya.

El tapicero, como hombre prudente, consultó con el notario.

El señor Florimont se enfadó y riñó con su hija.

—¿Quieres arruinarme? le dijo.

Luisilla no se turbó, y dijo con su más dulce acento:

—¿Habéis olvidado entónces el artículo octavo de mi contrato? "El palacio de Villepreux será enteramente amueblado á expensas de la contrayente....."

—¡Tiempo tenemos de hacerlo!..... Se busca una ocasion..... para no gastar tanto....

La señorita Luisa, futura condesa de Villepreux, no tenia paciencia para esperar...

—Id, caballero, y ejecutad á toda prisa mis

órdenes, dijo al tapicero, si no queréis que busque á otro que lo haga.

Y á su vez la jóven empezó á reñir con su padre; pero con frialdad é ironía.

—Decidme, padre mio, ¡á cuánto asciende mi fortuna?

—¿Tu fortuna?

—La de mi madre, si preferís que lo diga así. Sé que ningun derecho tengo todavía sobre la vuestra; pero la de mi madre es mia, segun creo. Consiento en que se quede en vuestras manos; pero es con la condicion de que no haréis en adelante ninguna objecion á lo que yo disponga.

Desde aquel dia, Florimont no contrarió en nada á la jóven. Sin embargo, procuraba convencer á la niña de que era ménos rica de lo que creia ella, y de este modo la contenia en la realizacion de sus dispendiosos gastos.

En el fondo Luisa no era gastadora; pero estaba algo sobrexcitada por el ejemplo de Juan y queria imitarle en grandeza y generosidad.

Como en Paris, con mucho dinero, nada es imposible, el tapicero no necesitó más que unos diez dias para devolver al palacio de Villepreux, no todo, pero algo de su anterior brillo.

Haciendo buena cara al mal tiempo, Florimont vigilaba las compras, recorria los al-

macenes de muebles antiguos, y no descuidaba la ocasion de ahorrar algun billete de mil francos para su niña.

Miéntras tanto, Juan y Federico se ocupaban de una cosa que no entendia el notario.

Del arreglo de las cuadras y de las cocheras.

El conde se hubiera contentado con poco, lo necesario nada más, un caballo de montar para su mujer, el suyo y un tronco; pero el vizconde de Brettecourt era terco en demasía.

Quería que las cuadras guardasen relacion con la magnificencia del palacio, y á la menor objecion de su amigo, contestaba:

—Es mi regalo de boda.

De modo que las doce plazas que contenía la cuadra, tan bien organizada ántes por Juan de Villepreux, se ocuparon todas.

—María Renaud era la que empujaba á su hijo para que no escatimara nada.

—Gasta sin contar, le decía.

Honraban la memoria del difunto, pues tenian la firme creencia que asistia en espíritu á todo lo que hacian para dar brillo á su casa.

Cuando todo estuvo terminado, los periódicos se encargaron de anunciar á los parisienses que el casamiento del conde Federico de Villepreux con la señorita Luisa Florimont y el del vizconde de Brettecourt con la señorita Enriqueta de Villepreux, se celebrarian

en un mismo dia en la iglesia de Santa Clotilde.

Juan y Federico se quejaron de tamaña indiscrecion.

Mas Luisa los detuvo á las primeras palabras.

—Yo soy la culpable, díjo, soy yo quien ha mandado la nota á los periódicos.

Quería que el mundo entero, y por consiguiente miss Edith Dickson, supiera que iba á ser condesa de Villepreux.

El señor Florimont fingió reñir á su hija; pero en su interior estaba encantado tambien él, y muy gozoso de que todos supieran que iban á tener por yerno á un Villepreux.

Cuando María Renaud vió á su hijo arrodillado al lado de Enriqueta en la gran nave de Santa Clotilde, su emocion fué tan grande, que estuvo á punto de desmayarse.

El general Brettecourt la reanimó con estas palabras:

—Nuestro hijo es feliz ya.

En aquel momento, María se figuró que no era el conde quien la estaba hablando.

Creyó oir la voz de Juan de Villepreux, y no era la primera vez que experimentaba la misma sensacion. Brettecourt se identificaba cada vez más en su espíritu con aquel de quien tan noblemente ocupaba el sitio para dar un nombre ilustre á su hijo.

La ceremonia fué brillantísima; habiendo asistido á ella las más ilustres familias de la aristocracia, y todos se alegraban mucho de la dicha de tan amables y simpáticos jóvenes.

¡Es tan raro ver al amor, á la riqueza y á la gloria reunidos en las bodas de este siglo, en que todo parece deber sacrificarse al dinero!

El marqués apénas se dejó ver.

Asistió como es natural, á la ceremonia; aparentó asociarse á la alegría de su familia; pero habló muy poco y procuró no exhibirse.

Se figuraba que todos los habitantes del arrabal de San German estaban enterados de su conducta pasada, y que debajo de su perfecta cortesía, se ocultaba el desprecio que les inspiraba.

Mamá Renaud, que se reprochaba muchas veces ser la causa del abatimiento del marqués, lo notó aquel dia más que de costumbre; y su corazon, tan bueno y tan sencillo, la indujo á hacer algo para reparar lo que ella llamaba "un rasgo de locura."

Llamó á parte al señor Florimont y le dijo:

—Ahora que estaréis libre, quisiera que me consagrarais algunas horas.

Y como éste se admirara, le contestó bruscamente:

—A vuestra edad no se necesita otra cosa que hacer testamento.

—No se trata de eso, respondió con tono alegre; no tengo la menor gana de morirme; pero quiero realizar un proyecto que he formado, y es preciso que me ayudéis.

—¿Cuál es?

—Dentro de algunos dias hablaremos.

Par la noche, cuando Juan Renaud, loco de felicidad, llevó á su mujer á su lindo hotel, Enriqueta, ántes de pasar el umbral de su nueva morada, dijo á su esposo con gravedad:

—Amado mio, ¿perdonas con todo corazon á mi padre lo que te ha hecho sufrir?

Juan la llevó al salon y se arrodilló delante de ella.

—Aquí ha sido, dijo, en donde leí aquella carta, aquí en donde poco faltó para que me abandonara el valor.

Enriqueta se inclinó, y estrechando con pasion á su querido Juan entre sus brazos, borró con una ardiente caricia hasta el recuerdo de lo que habria sufrido.